

EL PÁRAMO

Dominika Novotná

5Š6

Klasické a španělské gymnázium Brno-Bystrc

Es el año 2125. El mundo está destruído por la ignorancia de los seres humanos. Lo único que se encuentra en la Tierra son ruinas. Casi no se puede ver nada verde, la naturaleza está al borde de la desaparición y, con ella la bella historia de nuestro planeta. El cielo parece como si estuviera nublado todos los días, pero no son nubes, ni siquiera es niebla. Es el *smog*. El agua es potable solo si se filtra. Apenas quedan animales y, por eso, la gente muere de hambre. Incluso más deprisa que hace un milenio. Como las condiciones de vida son tan miserables, el número de habitantes se ha reducido y sólo hay unos millones de personas. Esta desgracia fue causada por nosotros. Humanos. ¿Y cómo lo sé? Os contaré mi historia.

Ya desde pequeña me interesaba enormemente por qué nuestra Tierra estaba tan destruida, pero nadie quería decírmelo. Está prohibido hablar de lo que pasó, pero yo creo que es muy importante. Deberíamos saberlo para no equivocarnos nunca jamás, si tuviéramos otra oportunidad.

Mi descubrimiento pasó hace 7 años. Como en mi clan – sí, digo clan, la sociedad se redujo tanto que se separó en pequeños grupos luchando entre sí, una regresión social - casi no teníamos ninguna comida, tuve que ir de expedición para buscar algunos alimentos. Sabía que cerca no encontraría nada y que mi viaje tardaría más que solo un día, así que empaqueté cosas imprescindibles para sobrevivir, como un cuchillo, una pistola y agua potable, y me despedí de mi grupo, prometiéndoles que volvería lo más pronto posible. Normalmente, no prometo nada. En esta dura época, nunca sabes qué pasará en los próximos cinco minutos. Pero había allí niños pequeños sufriendo de hambre y yo no les quise quitar su única esperanza. Mirando los ojos grandes y sinceros de los niños, y viendo que confían en tí, que eres su única salvación, no había ninguna posibilidad de decir algo diferente que las palabras: Volveré pronto con alimentos, no tengáis miedo chavales. Obedeced a los mayores. Hasta pronto...

Recuerdo caminar varias horas, días tras días, sin encontrar ni un conejo. Con cada paso, me entraba un gran miedo y desesperanza. Luego, empezó a llover y comenzó una fuerte tormenta. El viento era tan fuerte que cada paso me costaba un gran esfuerzo. Estuve mirando alrededor para encontrar alguna cueva o, por lo menos, alguna roca para protegerme del viento, pero no había nada excepto árboles, debajo de los que solo un estúpido se escondería en una tormenta así. Lo único que recuerdo es el ruido horroroso de los truenos y que todo flotaba violentamente alrededor de mí. Hojas, piedras, arena. Tenía mucha arena en mis ojos, así que tuve que cerrarlos, yendo ciega. Lo último que recuerdo es un golpe duro en la cabeza.

Me desperté. Solo estaba yo. Yo sola sin nadie a mi alrededor. ¿Cuánto tiempo hacía desde que me fui de mi pueblo? ¿Horas, días o meses? No lo sé. Perdí

totalmente la consciencia sobre el tiempo. Me levanté y sentí un dolor terrible en mi cabeza. Toqué mi pelo y mi mano se coloreó de sangre roja. Por suerte, la herida no parecía demasiado grave. Lo único que veía eran árboles caídos y, finalmente, algún animal con los ojos llenos de miedo. Claro, los animales siempre han tenido miedo de la gente e intentaban huir siempre que veían a alguna persona. Pero este miedo que yo veía ahora era diferente. Era como si en las pequeñas perlas de sus ojos viera miedo causado por el enojo y el desdén. Como si yo fuera la culpable de la destrucción de la Tierra. Compartíamos este vacío que no tenía ni principio ni fin. No oía nada ni nadie. Había un silencio tan horroroso que me entró un sudor frío. Casi no hacía viento y solo unos pocos rayos de luz entraban a través de las densas nubes. No sabía cuántos kilómetros ya había recorrido, pero me dolía mucho todo mi cuerpo.

De repente, vi una casa muy pequeña en el horizonte. Recuerdo que, por haber visto la casa, empecé a tener otra vez fuerza y esperanza. Tardé una hora en llegar hasta ella. Era pequeñita y aislada con paredes de piedra oscura, tejado de ladrillo rojo y solo dos ventanas cerradas con las persianas. Entré por la pequeña puerta abierta y vi que solo había una habitación; y en ella una cama y una chimenea. El aire era húmedo y el olor era desagradable. Parecía una casa abandonada desde hacía ya mucho tiempo. Di unos pasos hacia la cama y tropecé con algo. Era una caja de madera. Me arrodillé y empecé a investigarla, quizá con la esperanza de encontrar algo útil que justificara mi viaje, o quizá por su extraño aspecto. No tenía ninguna cerradura y logré abrirla fácilmente. Justo en el momento en el que la abrí, me sentí como si cayera en un abismo. Mi caída fue tan rápida que tuve que cerrar los ojos debido al dolor que me producía el fuerte viento de la caída. Grité mucho; estaba muy asustada. De repente, todo se paró. Tuve miedo de abrir los ojos, pero la curiosidad venció este miedo.

Sentía ahora un viento muy agradable incidiendo en mi piel. Sentía los rayos cálidos del sol. Oía el canto de toda clase de pájaros y olía el aroma de muchas flores. Cuando abrí los ojos, me quedé sin palabras. Me encontraba en el pico más alto de una montaña. Miré abajo y vi un bosque extenso en el que había muchos lagos que parecían ser unas manchas azules en el verdor de los árboles. La tierra era montañosa y me recordaba a un mar tormentoso, ya que las montañas eran como olas furiosas. Me sentía muy bien, como en el paraíso. Disfrutaba mucho del aire fresco y cálido. Giré sobre mí misma para echar un vistazo a mi alrededor y vi una ciudad pequeña situada abajo, en la valle. Reconocí la torre de una iglesia que estaba en el centro de la ciudad y tuve muchas ganas de ir a explorarla. Estaba emocionada. Nunca había visto nada tan verde. Nunca había sentido tanta felicidad. La tierra estaba llena de muchos colores que yo ni siquiera había visto antes. Yo conocía solo la oscuridad. Hacía tanto sol que sentía su fuerza llenándome. Decidí

no perder más tiempo y correr hacia la ciudad y, en cuanto la idea se materializó en mi cabeza, me teletransporté y me encontré en su plaza principal. No entendí cómo era posible. Daba vueltas y me preguntaba a mí misma: ¿cómo? Primero en la montaña y, un segundo después, en el fondo del valle. La gente a mi alrededor me miraba como si estuviera loca. Quizá por el asombro en mi cara, o porque llevaba ropa destrozada y sucia. Me calmé y dejé de dar las vueltas. Nunca me había gustado ser el foco de atención. No sabía si todo no era solo un sueño, pero en aquel momento no me importaba, ya que me sentía libre y genial. Pero, por qué había aparecido en este lugar no lo sabía. ¿Había algún motivo especial por el que mi destino me había traído aquí?

Mi corazón palpitaba mucho por el entusiasmo y el misterio. Volví a darme cuenta de que no sabía dónde me encontraba. Me dirigí entonces a un hombre que leía el periódico en un banco. -Em.. perdone señor,- le dije. Él me miró. -¿Podría decirme, por favor, cómo se llama este lugar y qué año es?

-Eslida. Sierra de Espadán. El año 2018.- me respondió, mirándome como si fuera una loca. ¡El año 2018! ¿La caja me llevó más de cien años atrás? ¿Pero, cómo era posible eso? Tampoco sabía nada de ninguna Sierra de Espadán. Lo único que sabía era que me gustaba mucho su paisaje. El hombre lo reconoció en mi cara. - Por Dios. ¡La Comunidad Valenciana, chica! La maravillosa tierra de Castellón. ¿Estás perdida? ¿Quieres que te ayude a buscar a tus padres?-

-Claaarooo, Castellón – quise disimular – No sé cómo es posible que se me haya olvidado – y traté de reír – No hace falta, estoy bien, gracias. Por cierto, ¿no me podría recomendar algún lugar interesante de esta tierra?-

-Bueno, como eres joven, seguramente conocerás la serie *Juego de Tronos*. Vete a Peñíscola, allí filmaron unos episodios en el castillo, creo que te podría gustar.- me dijo. -Sí, claro, *Juego de Tronos*... me encanta, em..supongo. Muchas gracias por su ayuda. Adiós.- le mentí un poco. Obviamente, no tenía ni idea de qué era ese *Juego de Tronos* y no sabía qué me estaba contando, pero no me importaba. Lo más importante era no olvidar el nombre del lugar que me recomendó. Peñíscola. Estuve pensando en la manera de llegar allí. Recordé lo que había sucedido allí arriba, en la montaña. Estaba pensando tanto en ir a la ciudad del valle que me encontré súbitamente en ella. ¿Por qué no intentar hacerlo otra vez? Aunque me sentía un poco tonta, en mi cabeza solo me decía a mí misma: “Quiero ir a Peñíscola. Quiero ir a Peñíscola.” Al principio, no pasó nada, pero después de varios intentos más, otra vez caí en una profundidad oscura y de repente me encontré en la playa. O, mejor dicho, en el mar, sumergida hasta los hombros. Sí, mis habilidades de teletransporte no eran muy buenas y tuve que hacer mi camino en una ropa salada y mojada. Por suerte, en La Comunidad Valenciana predomina el clima Mediterráneo, el mismo

mar en el que me acababa de sumergir. Esto lo descubrí tras conversar con unos valencianos; el tiempo cálido y el sol secaron mi ropa rápidamente.

Me encontraba en Peñíscola. Podía ver un castillo maravilloso situado en un cabo rocoso. Me enamoré de esa vista. El castillo surgía elevado por encima de otros edificios blancos, decorados con muchas palmeras creciendo alrededor. Oía las olas del mar golpeando las murallas y me gustaba mucho el olor particular del mar salado. Como ya era tarde, la puesta de sol iluminaba con sus rayos anaranjados los tejados rojos de las casas. Eran construcciones de dos o tres plantas, con muchas ventanas y balcones. Las paredes eran blancas y brillaban, lo que daba a la ciudad una sensación muy positiva. Pero no era solo el cabo lo que me abrumaba. Sobre la playa extensa se encontraban muchos edificios más y también había una colina pequeña con casas y calles estrechas por las cuales pasaba la gente. Pero desde la distancia a la que yo estaba, parecían solo unas hormigas en un hormiguero blanco. Sentí una lágrima cayendo sobre mi cara. Tanta belleza. Tanta felicidad. Tanta naturaleza. Toda esta maravilla en el año 2018. ¿Cómo era posible que en el año 2118 todo estuviera destruido? ¿Y por qué a alguien le gustaría destruir algo así de bonito?

El sonido de mi estómago interrumpió mis tristes pensamientos. Tenía mucha hambre. No había comido ya varios días. Caminé entonces a la profundidad de esta ciudad. Me estaba perdiendo en las calles estrechas y sinuosas. Luego lo olí. Algo fantástico. No puedo describir el aroma que había en la calle. Seguí ese olor agradable y me condujo hasta un edificio en el que había escrito: RESTAURANTE – EXPERTOS EN PAELLAS. Había estudiado sobre esto en antiguos libros. No dudé ni un minuto más y entré en el restaurante. Un hombre delgado, moreno y alto me dio la bienvenida. Tenía una sonrisa sincera y sus ojos brillaban de energía positiva. -¿Qué deseas amiga?- me preguntó. -Tengo mucha hambre pero no tengo dinero. ¿No tiene algunas sobras que pudiera darme?- le pedí. El hombre me echó una mirada preocupada y me respondió -Ay, hija, espero que no creas que te daría sobras de comida. Siéntate aquí. Regresaré en un momento.- El hombre desapareció por una puerta dando pasos apresurados. Estuve sentada sola unos minutos en el restaurante y de nuevo estuve admirando la vista. Desde el restaurante se podía ver otra vez el castillo y el mar infinito. El sol ya se había puesto así que ahora las casas no brillaban por el hecho del sol, sino por las luces encendidas en ellas. Parecían estrellas, y algunas veces vi sombras de personas parpadeando detrás del vidrio. De mis pensamientos ensoñadores me interrumpió el aroma, muy bien conocido, que ya había olido en la calle. Vino el camarero llevando en la mano un plato muy grande. Lo puso en la mesa y dijo -Esto es paella. Un plato típico valenciano. Contiene arroz, marisco, todo tipo de carne y verduras. Espero que

te guste, pero no lo dudo. Somos especialistas en hacerla. ¡Qué te aproveche hija!- se sonrió.

El hombre tenía razón. De verdad eran especialistas. Nunca había comido algo tan sabroso. Había tantos sabores diferentes que sin embargo se mezclaban perfectamente y hacían una delicia culinaria. No obstante, el plato era tan grande que no fui capaz de comerlo todo. El camarero me dio también una bebida que no había visto nunca. Me dijo que se llamaba horchata y que era típica de La Comunidad Valenciana. Es una bebida elaborada a partir de chufa, un tubérculo. El sabor era muy semejante al de la leche, aunque más dulce. Fue, de verdad, muy refrescante y rico. Le di muchas gracias al hombre generoso que me ayudó tanto y me dijo muchas cosas interesantes sobre esta tierra maravillosa. Le pregunté por otro lugar que mereciera la pena visitar y él me respondió con certeza que debía visitar la Plaza del Ayuntamiento en Valencia. Me dijo que si me había gustado Eslida y Peñíscola, seguramente me gustaría Valencia, porque es la mezcla de estos dos lugares que ya había visitado. Mucha naturaleza, historia y cultura. Me despedí entonces del camarero y me fui a Valencia, la capital de la Comunidad Valenciana.

Esta vez sólo pensé en el lugar unos segundos y empecé a caer otra vez por el abismo negro que ya conocía muy bien. Ya no me dio miedo la sensación de la caída, porque sabía que me esperaba algo fantástico. La capital de la Comunidad. La belleza de todas las bellezas. A lo mejor así lo describiría el hombre sonriente. Cerré los ojos para tener un momento de sorpresa en cuanto me apareciera en la ciudad. Terminé de caer y esto significó sólo una cosa. Ya estaba en mi destino final. Abrí mis ojos y, en cuanto lo hice, ya no quería nunca jamás cerrarlos de nuevo. Me encontraba frente a un espectáculo admirable. Estaba en una plaza que tenía forma rectangular. Alrededor de mí había edificios de estilo ecléctico y racionalista. No sabía adónde mirar primero. Todo era tan bonito. La gente a mi alrededor actuaba como si no viera lo que yo veía. Solo pasaban por allí mirando unas pantallas digitales y pequeñas sujetas en sus manos. ¿Cómo es posible no admirar tanta belleza? No podía creer la ignorancia y la falta de interés. Enfrente de mí se encontraba un edificio grande que se componía de una parte central coronada por la torre del reloj, y a cada lado y en perfecta simetría, una torre cuadrada. La fachada tenía muchas ventanas y balcones y por encima de todo esto se elevaba una torre circular con cúpula y linterna. Si miraba a la derecha veía una fuente circular de la que chorreaba el agua a inmensas alturas. Todo decorado con muchas flores, árboles y bancos en los que la gente podía relajarse mirando la singular arquitectura.

Viendo mis alrededores, me fijé en una familia. La madre, el padre y un hijo. No hacían lo que los otros. No miraban las pantallas pequeñas, sino que miraban las increíbles obras de los seres humanos. Admiraban la arquitectura, la maravilla del día, aprovechaban la vida. Porque la vida real y bonita no es lo que vemos en los

teléfonos, no es algo que alguien nos escribe virtualmente. No. Es lo que vemos cuando abrimos y despegamos los ojos del mundo digital, algo que alguien nos dice a la cara. En este momento averigüé qué era el problema y por qué el mundo caería en pocos años. Había solo poca gente viviendo la vida real y solo poca gente dándose cuenta de la importancia de nuestra naturaleza y nuestra existencia. Sin embargo, había mucha gente que estaba viviendo en la mentira. La mentira de que el mundo nos pertenecía y que el ser vivo podía hacer lo que quisiera, matando poco a poco a todo lo que nuestros antepasados habían construido durante mucho tiempo en el pasado. Quise ayudarles y decirles que dejaran de hacer lo que hacían pero, ¿quién me escucharía? ¿Quién escucharía a una chica joven diciéndoles que se estaban matando? Me habrían puesto un teléfono en mis manos y me habrían cerrado la boca. Habrían sabido que les decía la verdad, y obviamente, la verdad es exactamente lo que ellos no quieren saber.

Otra vez, mirando la familia, me acordé de mi grupo en el año 2118. No tuve muchas ganas de volver al páramo de mi época, pero me necesitaban. Allí, en Valencia, no me necesitaban. Yo no les podía ayudar. Ellos tenían que ayudar uno al otro y considerar todas sus obras. Sin embargo, a mi grupo podía ayudar llevándolo alguna comida. Me quedé en Valencia un día más, reuniendo semillas de plantas, frutas y verduras, recetas de cocina y algunas cosas más que nos podrían ayudar en nuestros tiempos duros, y luego me despedí de la bella ciudad. De verdad, me encantó mi viaje y lo encontré muy útil para averiguar muchas cosas. Valencia estará siempre en mi corazón.